



AIBR
Revista de Antropología
Iberoamericana
www.aibr.org
Volumen 13
Número 1
Enero - Abril 2018
Pp. 23 - 43

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

El olor del cuerpo migrante en la ciudad desodorizada. Simbolismo olfativo en los procesos de clasificación social

Diana Mata-Codesal

Departamento de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra.

Recibido: 25.09.2017

Aceptado: 06.04.2018

DOI: 10.11156/aibr.130103

RESUMEN

El simbolismo olfatorio está presente en procesos sociales de clasificación. El olor se utiliza como marcaje de subalteridad en los procesos de diferenciación y evitación del inmigrante en la ciudad, un *otro* inferior que «huele mal». A partir del ejemplo etnográfico del barrio de El Carmel en la ciudad de Barcelona, este texto analiza la odoro-socialidad relacionada con la construcción del «cuerpo del inmigrante», en el que confluyen tanto consideraciones de otredad y externalidad como de marginalidad. Estos procesos solo pueden entenderse a la luz de la existencia de relaciones de poder concretas que cristalizan en regímenes de aceptabilidad social específicos. Este artículo muestra cómo la presencia de solo algunos olores se construye como una anomalía molesta en el supuestamente desodorizado entorno urbano de Barcelona, espacio que en realidad ofrece un complejo paisaje olfativo sujeto a lógicas de mercantilización. Reflexionar sobre el papel del olor en los mecanismos de clasificación social nos permite acercarnos de una manera encarnada a los procesos de sociabilidad que tienen lugar en espacios urbanos supuestamente inodoros, así como analizar procesos de corporalización de tensiones entre identidad-alteridad.

PALABRAS CLAVE

Olor, cuerpo, diferencia, migración, Barcelona.

THE SMELL OF THE MIGRANT BODY IN THE DEODORIZED CITY. OLFACTORY SYMBOLISM IN SOCIAL CLASSIFICATION PROCESSES

ABSTRACT

Olfactory symbolism is linked to processes of social classification. Smell acts as a mark of difference and is used in avoidance processes towards immigrants who are considered as «smelly others». Using the ethnographic case of El Carmel neighbourhood in the city of Barcelona, this article analyses the odour-sociality related to the construction of the migrant body. Otherness and externality, together with issues around marginality, are brought together in shaping the idea of the migrant body. Such issues stemmed from broader power regimes of social acceptability. The presence of specific odours is constructed as an anomaly in the seemingly deodorized urban space of the city of Barcelona. Much on the contrary, this article shows how this city space is made of complex smellscape subjected to capitalist commercialization logics. Reflecting on the role of odor in the social classification mechanisms allows us to approach in an incarnated way the processes of sociability that take place in supposedly odorless urban spaces, as well as to analyze processes of corporalization of tensions between identity and otherness.

KEY WORDS

Smell, body, difference, migration, Barcelona.

Agradecimientos

Este texto no hubiera sido posible sin la colaboración de las personas que forman parte de la Asociación de Vecinas y Vecinos de El Carmel, así como de todas aquellas que accedieron a compartir conmigo su pasión por el barrio. A todas ellas les estoy profundamente agradecida. Gracias en especial a Elia por regalarme la posibilidad de intensos paseos olfativos por Barcelona.

1. Introducción

El olor no tiene cabida en los entornos aparentemente desodorizados de los paisajes sensoriales desabridos de las actuales ciudades occidentales, por lo que la asignación de (mal) olor a ciertos cuerpos marcados como diferentes actúa como una marca sensorial de diferencia inaceptable que interrumpe procesos de la modernidad relacionados con la eliminación o confinamiento al terreno de lo privado de los olores. En el caso concreto del inmigrante, el olor se utiliza como refuerzo de alto contenido simbólico en los procesos de subalterización de ese otro-inmigrante. Este texto analiza la importancia de la odoro-socialidad y la utilización del olor en procesos de alterización en el espacio público de la ciudad de Barcelona, un espacio aparentemente desodorizado. El análisis presentado en este artículo muestra cómo la doble asignación, por un lado, de mal olor al cuerpo codificado como migrante y, por otro, de la ausencia de olor al espacio urbano barcelonés, solo se puede entender en base a regímenes de aceptabilidad que poco tienen que ver con los efluvios reales provenientes tanto de la ciudad como de los cuerpos que la habitan. Tales categorizaciones responden a relaciones de poder que establecen el marco de la diferencia aceptable y trabajan sobre bases de codificación para los olores que nunca son explícitas y que además son distintas según el grupo de referencia. La presencia de ciertos olores se construye pues como una anomalía en el entorno urbano de Barcelona que se presenta como desodorizado pero que en realidad ofrece un paisaje olfativo sumamente complejo y sujeto a las lógicas de mercantilización de la actual etapa capitalista.

Este artículo analiza el uso del olor relacionado con la figura del inmigrante en un barrio de la periferia de la ciudad de Barcelona, El Carmel¹.

1. Utilizo indistintamente la acepción en castellano, *El Carmelo*, y en catalán, *El Carmel*, ya que la segunda es la oficial, pero la primera es la que en general utilizan sus habitantes mayoritariamente castellanohablantes, en su gran mayoría venidos de otras partes de España, o hijos de esos inmigrantes internos.

Para ello utiliza como material ilustrativo información obtenida de un proyecto de investigación más amplio sobre construcción de la diversidad en el espacio público².

En su forma actual, el barrio barcelonés de El Carmelo es un barrio surgido con la inmigración interior, en especial de Andalucía, en las décadas de 1950 y 1960. Muchas de aquellas primeras familias pusieron en marcha procesos de autoconstrucción, *barraquismo* y otros modos de construcción precaria como manera de sortear la crisis de vivienda existente en aquel momento en la ciudad (Camino, Casasayas, Díaz, Díaz, Larrea, Muños y Tatjer, 2011), en un terreno con una orografía compleja y sin servicios básicos. Todo ello se ha traducido en la actual muy alta densidad poblacional del barrio, la baja calidad de las construcciones y el urbanismo no planificado que ha generado un barrio con aceras estrechas, calles empinadas, plazas concurridas o mal habilitadas para su uso y, en general, una ausencia de espacios públicos de calidad.

El hecho fundacional mencionado tiene también continuidad demográfica en las estadísticas actuales sobre el lugar de nacimiento de la población del barrio. Según los últimos datos disponibles, en 2016 casi un tercio de la población del barrio había nacido fuera de Cataluña, frente al 18% para Barcelona en su conjunto, mientras que la presencia de población nacida fuera de España era ligeramente inferior a la media de la ciudad, 18,4%, frente al 22,5% (Ayuntamiento de Barcelona, 2016a). El Carmelo es un barrio claramente periférico, tanto en términos geográficos—dada su situación en la falda de dos pequeños montículos alejados de los espacios que concentran el poder administrativo y económico de la ciudad—, como socioeconómicos. En 2015, la renta familiar disponible per cápita en este barrio era casi la mitad que la de la ciudad en su conjunto (Ayuntamiento de Barcelona, 2016b).

Específicamente, este artículo se basa en información obtenida mediante tres técnicas: 1) observaciones no intrusivas (Pétonnet, 1982) llevadas a cabo en la plaza Pastrana (núcleo simbólico del barrio); 2) observaciones participantes en la Asociación de vecinas y vecinos del barrio; y 3) entrevistas semiestructuradas en profundidad con personas vinculadas al barrio. Las observaciones no intrusivas tuvieron lugar en los meses de mayo y junio de 2016, cubriendo distintos días y franjas horarias. En las anotaciones generadas se registraron aspectos no solo relativos a la visibilidad de la diversidad y la interacción entre cuerpos marcados como diferentes, sino también a las sensaciones ambientales del entorno, incluyendo la presencia de olores ambientales y en menor medida corporales, bien

2. El proyecto ha sido financiado por una ayuda posdoctoral Beatriu de Pinós / Marie Curie COFUND del AGAUR con referencia 2014 BP-B 00262.

naturales como por ejemplo el intenso olor de la floración de los árboles de la plaza ya en proceso de putrefacción, o artificiales como perfumes o el olor de café caliente que surgía en ocasiones del bar ubicado en la plaza. Debido al carácter por definición visual de las técnicas de observación incluida la no intrusiva o flotante, para el estudio de los olores los datos obtenidos a través de la observación permitieron cuestionar la desodorización urbana, pero no identificar conductas de evitación, acercamiento o camuflaje olfativo en el espacio urbano, lo cual lleva a la necesidad de complementar estos datos marco con los obtenidos a través de las otras dos técnicas. Los datos relevantes obtenidos a través de la participación continuada durante más de un año en la Asociación del barrio son aquellos que hacen referencia a las interacciones entre autoridades y vecinos/as en relación con la mencionada plaza Pastrana. Finalmente, en las entrevistas, aunque el tema de los olores no se trató de manera directa, aparece en algunas instancias que son las que se incluyen aquí como citas literales de entrevista.

El artículo se estructura en cinco secciones. En la siguiente sección se recoge de manera sucinta el panorama bibliográfico respecto a las investigaciones sociales sobre el olor. La sección tercera enfoca el análisis en el papel del olor en la construcción social del cuerpo, y en concreto del cuerpo migrante. La sección cuarta amplía el foco hasta el nivel urbano, reflexionando sobre la pretendida desodorización del espacio urbano occidental en general y barcelonés en concreto. La última sección pone en diálogo las reflexiones corporales con las urbanas a modo de conclusión.

2. El olor: algunas obras, autores y líneas de investigación clave

En nuestro mundo aparentemente inodoro, los olores no han recibido demasiada atención académica. Incluso desde la antropología de los sentidos, o la etnografía sensorial, la visión ha recibido mucha mayor atención (baste pensar en el importante desarrollo de la antropología visual) y hasta cierto punto también el oído, dejando al olfato como complemento casi residual del sentido del gusto³.

Podemos considerar reflexiones pioneras sobre la significación social de los olores a las notas sobre el olfato presentes en la *Digresión sobre la sociología de los sentidos* de Georg Simmel (1977). Tras este trabajo, habrán de pasar décadas para que el olor vuelva a recibir atención por

3. Curiosamente, desde la neurobiología se parece haber establecido que en realidad gran parte del sentido del gusto es olfato retro-nasal (Barwich, 2016).

parte de las ciencias sociales. En la década de 1970 nos encontramos el texto de Largey y Watson (2006) sobre la sociología de los olores, pero es a partir de la década de 1980 cuando aparecen más trabajos, en principio puntuales, sobre el tema (Corbin, 1986; Howes, Schwimmer, Rousseau, Wyck y Trott, 1987; Porteous, 1985). Fuera del mundo académico, la publicación de la novela *El Perfume*, en 1985 (Süskind, 2013), marcará un renovado interés por el tema del olor. Hasta el momento, el núcleo en torno a investigadores como David Howes, Constance Classen, Anthony Synnott o Jim Drobnick, en lo que se convertiría en el *Centre for Sensory Studies* de la Universidad de Concordia en Canadá, presenta la línea de trabajo más sólida y regular, habiendo producido excelentes trabajos tanto sobre la antropología sensorial en general como sobre los olores, en donde destacan los libros *Aroma. The Cultural History of Smell* (Classen, Howes y Synnott, 2003) y *The Smell Culture Reader* (Drobnick, 2006). En la actualidad, el olor sigue sin merecer grupos de estudio propios, aunque aparece con frecuencia tanto en trabajos sobre antropología del cuerpo y los sentidos, como de manera abundante pero anecdótica en gran cantidad de etnografías. Me gustaría destacar los trabajos sobre el olor que fuera de grupos de investigación y en espacios geográficamente apartados han producido investigadores como Kelvin E.Y. Low en Singapur (2005, 2006 y 2013) o Cristina Larrea en España (1997, 2005 y 2010).

Parte de la explicación sobre la extendida presencia de menciones al olor, pero la relativa ausencia de trabajos con este como tema de investigación central, se debe a la tensión entre el privilegio de lo visual en el mundo occidental (hablamos de cosmovisiones, no de cosmo-olor⁴) como forma socialmente estructurada de aproximación al conocimiento, frente a la ubicuidad e importancia no culturalmente estructurada del olfato en la vida de las personas. Un segundo elemento que influye sin lugar a duda en el estatus de los olores en la investigación social deriva de su naturaleza no cuantificable. Los olores no son cuantificables, son difícilmente mapeables y hasta escasamente descriptibles, lo que es causa, pero también efecto, de la consideración social y científica del olor y el sentido del olfato.

De manera resumida, podemos agrupar en cuatro grandes categorías los temas abordados por las investigaciones sociales sobre el olor⁵: 1) estudios sobre el perfume⁶; 2) estudios históricos sobre la evolución de

4. Cosmo-olor: «olor del mundo», manera de oler e interpretar el mundo.

5. Esta clasificación se basa en la revisión bibliográfica llevada a cabo y recibe confirmación en la estructura de la obra compilatoria sobre el olor más completa hasta la actualidad editada por Drobnick (2006).

6. En este caso, los estudios en *neuromarketing* y en concreto el *marketing* olfativo con el desarrollo de conceptos como «olor a nuevo» u «olor a fresco», llevan una ventaja considerable a la investigación social. Baste como ejemplo ver la iniciativa de la Sociedad Española

la consideración social y el uso de los olores (Classen, Howes y Synnott, 2003; Corbin, 1986); 3) los olores corporales y la clasificación social —donde el trabajo de Classen (1992) sigue siendo la referencia por excelencia—; y 4) los olores ambientales en entornos rurales (por ejemplo, Carolan, 2008) y sobre todo urbanos (por ejemplo, Larrea, 2005; Śliwa y Riach, 2012; Tan, 2013). Aunque no específicamente sobre el olor, en esta última línea destacan las anotaciones en el monumental trabajo de Richard Sennett sobre el cuerpo en la ciudad (1997), así como la consideración del olor dentro del denominado urbanismo sensorial (Degen, 2004). En el caso concreto de los olores ambientales urbanos existen además algunos intentos incipientes e interdisciplinarios de cartografía experimental que buscan maneras de expresar visualmente estos en forma de odoromapas o *smellscapes*. Para ello se recurre a diversas formas de expresión artística (Henshaw, 2013), a partir de técnicas experimentales como los *smellwalks* o paseos olfativos (McLean, 2017; Quercia, Schifanella, Aiello y McLean, 2015) o utilizando los *big data* obtenidos de redes sociales junto a indicadores de la calidad del aire (Quercia et al., 2015). Destaca, por último, el número de los estudios de la alimentación en los que el olor ocupa un espacio importante, relacionado especialmente con la memoria, el hogar y la nostalgia (Mata-Codesal, 2008 y 2014; Povrzanovic' Frykman, 2017), pero que no forman una línea coherente de investigación, ya que el olor aparece como un atributo de la comida, que es el objeto central de estudio.

Este texto pone en diálogo las dos últimas líneas de interés mencionadas, los olores corporales y los urbanos, al analizar cómo las costumbres y comportamientos asociados a los cuerpos marcados como migrantes son socialmente «olorizados» en los espacios aparentemente «desodorizados» de la ciudad actual.

3. El olor en la construcción social del cuerpo

Constance Classen, en su trabajo ya clásico sobre clasificaciones sociales y codificación olfativa (Classen, 1992), muestra las formas en las que distintas culturas usan el simbolismo olfativo como marca de identidad y

de Ciencias Sensoriales (SECS), que aúna a neurólogos, antropólogos, químicos, ingenieros o diseñadores de producto entre otros, en torno al estudio con fines de *marketing* de «los estímulos del entorno con nuestros sentidos, su percepción e integración, y los procesos cognitivos asociados, así como en la medición, interpretación y comprensión de la respuesta humana a las propiedades de un producto percibido por los sentidos» (SECS, 2011). También la museística es un campo en el que se están llevando a cabo hace ya algún tiempo aplicaciones del olor (Jenner, 2011).

diferencia, incluyendo la aparentemente desodorizada cultura occidental. Basada en la premisa de que «*lo que huele bien, es bueno, mientras que lo que huele mal, es malo*»⁷ (Synnott, 1991: 443), la utilización del mal olor como marca de diferencia no aceptable ha sido una constante en la historia donde los cuerpos de ciertos grupos han sido sistemáticamente etiquetados como malolientes⁸. En Europa, los gitanos han sido, y aún son, un grupo habitualmente acusado de desprender mal olor (por ejemplo, Larrea, 1997: 286; Porteous, 1985: 361; Simmel, 1977: 55). Los judíos parecen haber sido también un grupo recurrentemente acusado de oler mal. El denominado «hedor judío» o *foetor judaicus* que se atribuía a los judíos de Venecia formaba parte de la justificación moral para encerrarlos en el gueto de la ciudad (Sennett, 1997). También Hitler en su *Mein Kampf* decía de los judíos que:

Por su exterior se ve claramente que no aman el agua, y, para nuestra desgracia, frecuentemente se puede saber con los ojos cerrados. A menudo me dan náuseas con el olor de estos portadores de *kaftan* (túnica). Todo esto no es nada atractivo, pero se convierte en totalmente repulsivo cuando además de suciedad física, descubres las manchas morales de este «pueblo elegido» (citado en Classen, Howes y Synnott, 2003: 172).

Es evidente que lo que los dos grupos sociales anteriores, y en general aquellos etiquetados como *malolientes*, tienen en común es su localización marginal en el orden social. El olor codificado como «mal olor» actúa como una marca clara de subalteridad que se aplica a quienes se construyen como diferentes. La utilización de descripciones sobre cuerpos sucios que huelen mal es habitual para referirse a quienes se perciben como diferentes y además inferiores. Los otros, los inferiores, los diferentes, los marginados, los excluidos, huelen (mal). Los ejemplos anteriores demuestran sin lugar a duda «*la tendencia de grupos en conflicto a imputarse malos olores unos a otros. Quienes son definidos como malos, son definidos al mismo tiempo como malolientes [...] Así pues el olor se convier-*

7. Todas las traducciones, tanto del inglés como del francés, son de la autora.

8. Aunque este texto no se centra en el género, este es también muy importante en la construcción social del olor. Aunque el origen etimológico de la palabra *puta* es discutido, un número importante de autores defienden que proviene de la palabra latina *putida* (podrida) ya que las prostitutas eran un grupo de mujeres identificado como maloliente por los griegos y romanos (Classen, Howes y Synnott, 2003: 38). Su mal olor indicaba no solo las condiciones físicas en las que trabajaban, sino su bajo nivel social, ya que representaban hasta cierto punto lo podrido del orden social imaginado. Una mujer joven y buena ha de oler bien, dulce, suave. No solo las malas mujeres son representadas como que huelen mal, sino también todo lo relacionado con la menstruación ha sido construido como sucio y desprendiendo mal olor. Tampoco las mujeres mayores son asociadas con el buen olor.

te en un método o una herramienta de autoglorificación a la vez que de desprecio al otro» (Synnott, 1991: 444).

La corporalidad o construcción social del cuerpo que nos interesa en este artículo, el cuerpo migrante en las ciudades europeas, también es habitualmente construido como problemático desde un punto de vista olfativo. Baste recordar el polémico discurso del entonces presidente de la República Francesa, Jacques Chirac, en 1991, el *Discurso de Orleans*, en el que hablaba del ruido y el olor que desprendían las casas de ciertos inmigrantes en Francia:

Nuestro problema no son los extranjeros, es que hay un exceso [*overdose*]. Puede ser verdad que no hay más extranjeros que antes de la guerra, pero no son del mismo tipo. Es cierto que había españoles, polacos y portugueses trabajando aquí [*chez nous*], pero eso generaba menos problemas que tener musulmanes o negros [...] ¿Cómo podemos esperar que un trabajador francés [...] que junto con su esposa ganan alrededor de 15.000 francos, tenga a su lado vivienda pública llena de gente, una familia con un padre, tres o cuatro esposas y una veintena de niños, y que gana 50.000 francos en beneficios sociales sin trabajar? Si le añadimos el ruido y el olor [*le bruit et l'odeur*], normal que el trabajador francés se enfade. Y hay que entender que, si vosotros estuvierais allí, tendrías la misma reacción. Y no es racista decir eso (Chirac, 1991).

Unos años después, en la ciudad de Barcelona, Mikel Aramburu recogía la siguiente cita de unos vecinos del barrio de El Raval:

Mi marido y yo no nos queremos ir. Somos jóvenes, nos tienen que dar un piso. Tenemos todo el derecho a que nos den un piso. ¿Cómo podrán hacer para que nos vayamos, si somos jóvenes? Ahora, si arriba tengo un chino con olor, si abajo hay un filipino con olor y si hay un moro que comienza a traficar... (Aramburu, 2002: 137).

Nótese en la cita que en la identidad olfativa del nosotros desodorizado, «oler» se convierte en un sinónimo de oler mal. El olor del chino o del filipino llega a identificarse por la pareja de *autóctonos* como un motivo suficientemente molesto para considerar mudarse. La identidad olfativa responde a categorizaciones sociales, reforzando normatividades morales. Oler, como en la cita de Hitler sobre los judíos, es estar sucio, tanto física como moralmente.

El cuerpo migrante es un cuerpo construido fuera de lugar, y así mismo lo son los olores que desprende su presencia: el olor de sus comidas, de sus cuerpos con diferentes costumbres higiénicas, de sus inaceptables e incívicos usos del espacio público de la ciudad, etc. El alcalde de Barcelona en 2002, Joan Clos, aludía al hecho de que la «oleada de inmi-

gración es muy diferente a las del siglo XX porque nos aporta y nos acerca culturas que son muy distantes desde todos los puntos de vista: lingüístico, religioso, de hábitos alimenticios, higiénicos. O sea, culturas manifiestamente diferentes, alejadas» (Ayuntamiento de Barcelona, 2002: 71). Excepto por la lengua, que aparece siempre de manera central en los discursos sobre la integración de los inmigrantes en la ciudad de Barcelona, y que está íntimamente relacionado con la importancia de esta en el proyecto de nacionalismo «cívico» catalán (Clua, 2011: 65), el resto de los ítems mencionados por Joan Clos tienen una traslación en el campo de la diferencia olfativa.

El olfato rompe la dicotomía dentro-fuera en la concepción moderna del cuerpo como límite de un yo sólido, cerrado, que responde a la interacción solo desde la intencionalidad previa. El olfato se convierte por tanto en un canal de vulnerabilidad. Con la intrusión de olores no siempre deseados, el cuerpo se abre irremediamente a un *afuera* donde otros operan bajo códigos sensoriales a los que no siempre estamos acostumbrados. Podemos elegir qué comer y en espacios públicos urbanos hasta cierta manera si dejamos que nos toquen o no, pero no podemos hacer lo mismo con los olores y los sonidos, lo que genera que estos sean una fuente de tensiones en entornos de alta densidad habitacional como son las ciudades. Así pues, ese estar fuera de lugar deriva del hecho de que el inmigrante es un *otro* entre nosotros (Lurbe y Santamaría, 2007; Mata-Codezal, 2016), elemento que aparece íntimamente relacionado con el hecho de que el olor cuestiona la construcción moderna del individuo (Le Breton, 1990).

En el cuerpo migrante confluyen por tanto consideraciones tanto de otredad y externalidad como de marginalidad, ya que muchas de las cualidades olfativas que se le atribuyen emanan directamente de su posición de clase social. La clase social también hace uso del olor como mecanismo de diferenciación, como muestra la célebre cita de que «*el verdadero secreto de la distinción de clase en Occidente se puede resumir en cuatro palabras... las clases bajas huelen*» (Orwell, 1937: 159)⁹. Los espacios pequeños, el amontonamiento de cuerpos sudados en abarrotados transportes públicos de vuelta de trabajos físicos demandantes, la falta de tiem-

9. El caso extremo vendría dado por los mendigos, cuyos cuerpos se piensan como cuerpos sucios y por tanto hasta cierto punto malolientes. Pero en realidad esta caracterización lo que está haciendo es traducir una lectura moral dada la posición social de las personas sin hogar, y no una descripción de su situación real, ya que por ejemplo en una ciudad como Barcelona existen duchas accesibles, y en general es una población que se encuentra relativamente limpia, tanto de cuerpo como de ropa (Sales y Delclós, 2016). La percepción por tanto de los mendigos como personas sucias parece no tener mucho que ver con la realidad, al menos en el caso de Barcelona.

po e infraestructuras higiénicas y de ventilación, son todos ellos elementos directamente derivados de una posición de clase trabajadora.

4. El olor del barrio en la ciudad desodorizada

En este apartado analizaré la tensión entre la *imagen* de la ciudad desodorizada y el universo olfativamente cargado de los barrios, las calles y plazas donde transcurre la vida de sus habitantes. En oposición al *espacio escapate*, desconflictivizado y empaquetado como otra mercancía más en la actual fase capitalista, el *espacio vivido* es un espacio altamente sensorial donde los conflictos, incluidos los sensoriales, no pueden no existir.

Las actuales ciudades occidentales se presentan como espacios desodorizados, resultado de intensos procesos de higienización, que asocian lo físico con lo moral y que, de manera general, se iniciaron en las principales ciudades europeas en los siglos XVIII y XIX (el-Khoury, 2006; Larrea, 2010). La generalización del enfoque miasmático, interesado en los efluvios provenientes de los cuerpos enfermos, la materia corrupta y las aguas estancadas, tendrá gran importancia para la consideración de los olores en las ciudades, y dará lugar a la aplicación de medidas higiénicas bajo la forma de estrategias de desodorización urbana a mediados del siglo XIX como respuesta a la hiperestesia social fomentada por la emergente burguesía urbana durante los dos siglos anteriores (Corbin, 1986; Larrea, 2010). Como consecuencia, las grandes ciudades europeas actuales son a menudo presentadas como ejemplos claros de *landscapes* o paisajes olfativos blandos (Drobnick, 2002: 34; Edensor, 2008: 131; Porteous, 1985: 375). Sin embargo, hay más de construcción ideológica que de realidad en tal afirmación, como cualquier paseo olfativamente atento por una de estas ciudades nos muestra¹⁰.

En diversos textos, ya desde el siglo XIX, la modernidad urbana aparece caracterizada por «*los incrementos de energía nerviosa causada por los shocks que emanan de un bombardeo sensorial*» (Highmore, 2002). Frente a esa sobrecarga sensorial, reflejo de la cualidad de lo urbano como

10. Aclaro que mientras escribo este texto (fruto de un interés latente pero tangencial por el olfato de varios años) estoy embarazada, lo que agudiza mi ya de por sí sensible sentido del olfato (me recuerdo desde niña con una gran percepción olfativa que evidentemente se ha ido entrenando con los años). Además, en estos paseos en ocasiones me acompaña mi pareja, que padece una ausencia total del sentido del olfato desde el nacimiento (condición que se denomina *anosmia congénita*), lo que me fuerza a tratar de verbalizar esos olores para comunicarme con una persona que nunca ha tenido sentido del olfato, y para quien por lo tanto ese universo olfatorio no existe más allá de lo que yo le pueda contar con palabras. La filósofa Marta Tafalla ofrece una narrativa muy interesante sobre la anosmia (2013a y 2013b).

entorno de hiperestimulación, el sujeto urbano desarrolla procesos de habituación, también a nivel olfativo (Porteous, 1985: 358), que terminan por convertir en no perceptibles gran parte de los *smellscapes* de la ciudad. Como con los sonidos (Delgado, 2014), lo que percibimos con los olores son cambios en la composición o la intensidad (Barwich, 2016: 46). Estando continuamente inmersos en la envolvente nebulosa olfativa provocada en las ciudades, entre otros, por los humos de los tubos de escape de los coches que invaden gran parte del espacio urbano, los aditamentos olorosos del sinnúmero de transeúntes con los que nos cruzamos o los olores que emanan o son expulsados a la calle desde innumerables establecimientos comerciales, estos olores acaban pasándonos desapercibidos. Algo similar ocurre con su equivalente sonoro: el continuo ronroneo de los motores solo se convierte en moleestamente perceptible al oído en el frenazo seco o el acelerón que rompe la intensidad del sonido ya interiorizado. Asistimos, por tanto, en el espacio urbano, a un proceso de alta tolerancia hacia ciertos olores (contaminación, tráfico, perfumes, ambientadores, etc.). Todo lo anterior explica el proceso de pérdida de la capacidad fina de distinguir olores, mientras que, debido a la todavía importancia ordenadora de los regímenes de aceptabilidad moral relacionados con el olor, explicados en la sección anterior, el habitante urbano tiende en oposición a la clasificación rápida del mal/buen olor.

Junto a los procesos de hiperestimulación sensorial urbana y la asociada necesidad de habituación, otro elemento que contribuye a la concepción de la ciudad como espacio desodorizado es el hecho de que la visualidad se haya convertido en central para el proceso actual de *marquetización* de las ciudades. Manhattan y su *skyline* son un claro referente mundial (Manalansan, 2006: 43), con el que resulta fácil trazar paralelismos para el caso de la ciudad de Barcelona. La silueta de muchas ciudades globales se ha convertido en su marca más fácilmente reconocible, elemento icónico de la importancia de la visualidad (Manalansan, 2006). El proceso de iconización redonda en la visualidad de la ciudad en detrimento del resto de experiencias olfativas.

Sin embargo, aunque muy limitados, existen algunos ejemplos de incorporación de los otros sentidos, y en concreto el sentido del olfato, al proceso de iconización de las ciudades, en los que podemos considerar la ciudad de Barcelona pionera en los esfuerzos por añadir a su marca, eminentemente visual, también una parte olfativa. En 2010 la alcaldía regaló por Navidad a ciertas personalidades de la ciudad *Barcelona Olors* (Ayuntamiento de Barcelona, 2010), una caja con un libro y ocho pequeños botes con los olores más representativos de Barcelona, entre los que se encontraban el olor de seis espacios emblemáticos de la ciudad (el

mercado de la Boquería, Montjuic, las Ramblas, la Barceloneta, la basílica de Santa María del Mar y la Casa Batlló), así como el de dos productos gastronómicos (cava y pan con tomate). Dos años más tarde, la prensa local recogía el taller de *smell-walk* o paseo de olor realizado por Victoria Henshaw en el entorno de las Ramblas en el contexto del seminario *Scents, Science and Aesthetics. Understanding Smell and Anosmia* (2013). Al año siguiente, se llevó a cabo una exposición comisionada por la Fundación Setba titulada *Nasevo y los olores de Barcelona* (2014), donde el artista Ernesto Ventós agrupaba las obras plásticas de la exposición en base a siete olores de la ciudad de Barcelona. A nivel académico, Barcelona, junto con Londres, servían de laboratorio para la elaboración de mapas olfativos utilizando las etiquetas de las fotos georreferenciadas subidas en Flickr, Instagram y Twitter en distintos períodos entre 2011 y 2014 (Quercia et al., 2015). Todos esos ejemplos de incorporación de lo olfativo en la «experiencia Barcelona», a pesar de lo limitado de su número, nos hablan de intentos de ampliación más allá de lo visual del proceso de empaquetamiento para fines comerciales de la ciudad. Sin embargo, si analizamos con más detalle, es fácil apreciar que tanto los lugares escogidos como las fragancias supuestamente representativas de la ciudad, refuerzan la imagen proyectada y profundamente sesgada de una ciudad mercancía para el mercado financiero y turístico. Los olores de los espacios donde se desarrolla la cotidianidad de la mayor parte de quienes habitan la ciudad se mantiene convenientemente fuera de la marca Barcelona, como si los olores del barrio, de la vida de calle, de las escaleras de vecinos y patios interiores, de las plazas abarrotadas en barrios populares como El Carmelo, no añadieran, sino más bien sustrajeran a la marca Barcelona y el potencial de venta de la ciudad.

Un tercer elemento que contradice la desodorización urbana es el proceso secundario de odorización derivado del *neuromarketing* y la modificación de la experiencia sensorial completa que incluye lo olfativo. Los olores menos manipulados (sudores y otros olores del cuerpo humano, de frutas y otras comidas, etc.) han sido expulsados del entorno urbano para ser sustituidos por olores fuertemente dirigidos y mercantizados. No es extraño que una misma persona sea portadora de tres o más fragancias diferentes a través de los jabones y suavizantes empleados para lavar y perfumar el cuerpo y la ropa que proporcionan aparentemente un «olor a limpio» u «olor a fresco», junto con perfumes, cremas, desodorantes y otros mejunjes corporales, cada uno con su olor distinto¹¹. Esa

11. De su experiencia docente en Estados Unidos, la antropóloga ecuatoriana María Amelia Viteri destaca el diferente grado de mercantización y regulación de los olores corporales: «en las clases que dicté en inglés sobre *Introducción a la Antropología en Washington D.C.*

amalgama de olores va dejando un rastro oloroso tras el paso de las personas por la ciudad.

Pero, más allá de esos olores móviles, existen espacios en las ciudades donde el olor ha pasado a ser instrumento para la conquista sensorial del espacio físico público. En cada vez más ocasiones ciertos aromas son intencionalmente vertidos al espacio público para estimular el consumo de ciertos productos a través de la generación de apetencias de manera inconsciente. El *neuromarketing*, y más concretamente el *marketing* olfativo que asigna olores a espacios, productos y experiencias, es vital en el proceso de comodificación o conversión del olor en una mercancía más (SECS, 2011). A los olores de pan recién hecho que salían de los hornos, se han unido en la actualidad un sinnúmero de otros olores *comodificados*, que contradicen la idea de que vivimos en ciudades desodorizadas. Los olores que desprenden a la calle las tiendas de moda de ciertas cadenas, las perfumerías o los olores que se escapan en ocasiones desde los *balls* de hoteles de lujo que han incorporado ciertos olores de diseño como parte de su *branding*, pueden llegar a ser realmente intensos, pero en general no parecen despertar mayores problemas ni ser objeto de queja.

4.1. *Malos olores en el barrio*

Frente a la imagen desodorizada del *branding* de la ciudad de Barcelona, los espacios vividos y vivibles de la ciudad, sus barrios, las calles y plazas, son una cambiante atmósfera de olores: los desagües, los orines de perros, el olor a carne frita, los cuerpos sudados, las flores iniciando su putrefacción... El olor forma parte de ese entorno intangible pero importante de construcción de la pertenencia territorial como muestra la cita de la siguiente vecina de El Carmelo:

¿En qué me va a cambiar la vida si me voy a otro barrio? Igual me iba a sentir como más desubicada si me iba a otro barrio, ¿no?, iba a echar en falta el olor de El Carmelo, el yo que sé, los colores, las calles, las casas, o sea, ¿me entiendes? He vivido aquí, es lo que conozco y es lo que me gusta realmente. Con esto no digo que no me gusten otros barrios de Barcelona, pero qué es lo que no, qué es lo que no me ha llevado a vivir en otro barrio, pues eso, los vínculos aquí, no sé, el sentirme, me siento parte de esto, me siento parte del barrio, soy de aquí, entonces (Vecina, 39 años, hija de inmigrantes internos).

mis estudiantes mujeres citaban al menos veinte productos de baño al hablar de la mercantilización del cuerpo y sus haberes, versus de dos a cinco productos en el caso de mis estudiantes mujeres en Ecuador» (Viteri, 2014: 189).

Apuntes como la cita anterior hacen referencia a la mezcolanza imprecisa de olores y, en general, a la sensorialidad en la que se despliega la cotidianeidad y en la que se forjan los sentimientos de pertenencia.

Como ya se ha comentado, es necesario situar el olor dentro de regímenes regulatorios (Edensor, 2008) que establecen los olores perceptibles, insoportables, o sobre los que cabe o no elevar quejas. El olor aparece, por tanto, relacionado con la definición de los comportamientos aceptables y no aceptables. Una queja recurrente de quienes habitan El Carmelo, en especial en épocas de poca lluvia, es el olor provocado por los excrementos de los perros y el orín humano y animal en distintos espacios del barrio, así como el de la basura y suciedad dejada en ciertos espacios por el uso *indebido* que se hace de los mismos por parte de ciertos grupos. La dicotomía amplia entre comportamientos cívicos *versus* incívicos¹² es utilizada habitualmente en el barrio para marcar la diferencia entre los comportamientos aceptables, llevados a cabo por una parte de la población, y los inaceptables, desarrollados por otros grupos. Esta dicotomía se utiliza en el caso de El Carmelo por algunos grupos para marcar la frontera simbólica entre los viejos inmigrantes interiores y los más recientes inmigrantes internacionales: «[...] *desde que se inauguró el metro* [en la plaza Pastrana], *hay mucha gente inmigrante, fundamentalmente de origen rumano, magrebí y latino, que se han hecho los amos del espacio público del barrio*» (queja de vecino mayor de la plaza Pastrana, recogida en el acta de la audiencia pública del distrito, celebrada el 1 diciembre de 2011).

Esta tensión nosotros-ellos despliega sus efectos en diversos espacios del barrio sobre los que distintos grupos, por motivos más de edad que de costumbres, reclaman usos distintos, que son en ocasiones incompatibles. De esta manera, el discurso de quienes se construyen como autóctonos (en este caso, los vecinos que llevan más años viviendo en el barrio, provenientes de la inmigración de otras partes de España a Barcelona) culturiza conflictos en los escasos espacios públicos del barrio que son en realidad tensiones generacionales y de falta de infraestructuras adecuadas (este proceso de culturización ha sido identificado en otros barrios de Barcelona; ver, por ejemplo, Aramburu, 2002).

12. El etiquetaje cívico/incívico es relativamente reciente y consecuencia de la incorporación en el lenguaje cotidiano de una palabra de significado ambiguo que ha ganado presencia en Barcelona a partir del Plan para la Promoción del Civismo (2003-2006) y la subsecuente Ordenanza de Medidas para Fomentar y Garantizar la Convivencia Ciudadana en el Espacio Público de Barcelona (2006) y que, entre otros efectos, ha tenido el de la apropiación de la etiqueta por ciertos grupos para procesos de marcaje y diferenciación en distintos barrios populares de la ciudad, como en el caso de El Carmelo.

La plaza Pastrana ha sido escenario del mayor enfrentamiento al respecto¹³ y en el que las autoridades locales llevan interviniendo de distintas maneras desde 2010. Las quejas de ciertos vecinos por «incivismo» en esta plaza se repiten en diversos documentos públicos desde 2011, aunque los denominados comportamientos incívicos nunca son claramente definidos. En una reunión abierta llevada a cabo en el barrio en 2016, uno de los vecinos más beligerantes de la plaza Pastrana establecía que «*tenemos un problema en el barrio de incivismo, de robos, de mal comportamiento, de amenazas, de agresiones, de todo, de todo*» (vecino, 70 años, inmigrante interno). Se alude en repetidas ocasiones a problemas de ruido, juegos de pelota, malos olores y basura, junto a cuestiones de inseguridad o drogas, todos bajo el mismo paraguas. Las quejas sobre el mal olor de los «meados» y la suciedad de los botellones en la plaza son constantes en las reuniones mantenidas durante 2016 y 2017 entre autoridades, asociaciones del barrio y vecinos de la plaza, donde siempre se alude más o menos veladamente a la relación entre juventud, inmigración, alcohol, orines y demás comportamientos indebidos en el espacio público. Respecto al tema del olor, en la segunda reunión de la Mesa de Convivencia de la plaza Pastrana y alrededores, promovida por las autoridades locales y a la que asisten vecinos, representantes de asociaciones del barrio, autoridades locales y servicios técnicos, y que tuvo lugar en enero de 2017, algunos vecinos eran partidarios de colocar señales explícitas que prohíban mearse en la plaza; otros, los aparentemente más moderados, apoyaban la idea de «dignificar» el espacio visual con grafitis artísticos comisionados por las autoridades del distrito. Nadie, ni en esta reunión ni en la siguiente de la Mesa de Convivencia excepto la Asociación de Vecinas y Vecinos del Barrio, planteó la necesidad de instalar baños. El problema era siempre conceptualizado como un problema de comportamientos de ciertos grupos y no de carencias estructurales del barrio. El problema se circunscribe por tanto al cuerpo joven migrante cuyos comportamientos incívicos e *inadecuados* provocan problemas de diverso tipo, entre los que se encuentran la generación de ruidos y malos olores.

Vemos, pues, cómo los olores vendibles de la multiculturalidad *a lo benetton* cristalizan en el barrio en la interacción en ocasiones conflictiva del día a día. Al corporeizar ese *branding* de los mercados, tiendas y calles diversos, coloridos y de olores exóticos, en la figura del cuerpo migrante y sus costumbres —figura que es, por otro lado, totalmente necesaria para el marcaje de los límites del nosotros— este aparece también imbuido de los

13. Hay que mencionar que esta plaza ha sido tradicionalmente un punto muy conflictivo ya desde la década de 1960 y un punto negro de la droga en la ciudad de Barcelona, elemento que ciertos vecinos mayores en la actualidad parecen querer minimizar.

aspectos problemáticos de la interacción y la convivencia en entornos, que además y muy concretamente en el caso de El Carmelo, son estructuralmente proclives al conflicto, dada la mencionada orografía, urbanismo, tipo de viviendas y entorno. La cita de la siguiente vecina de El Carmelo apunta a esa concreción problemática del multiculturalismo como marca y a la diferencia entre la ciudad vendida/turistificada y la cotidianeidad en sus barrios:

Yo estuve trabajando mucho tiempo en El Raval [un barrio de Barcelona con alto porcentaje de vecino/as nacidos en otros países], y hay un olor diverso, tenemos miles de *tandooris*, las especias, pues cómo va oler, pues diferente, pero y qué más da, y eso, el tema de cómo se utiliza el olor, de huele mal, cuando por ejemplo históricamente los musulmanes son una cultura que tienen en cuenta todos los sentidos, el olor, la vista... Tú vas a la Alhambra y ¿ahí también te huele mal todo? Porque no hay sitio más idílico para estar porque tienen en cuenta todo absolutamente (Vecina, 45 años, hija de inmigrantes internos).

Los dos elementos centrales en la socio-odoridad, el de desprestigio del otro junto con la asignación de categorías morales, aparecen asociados al cuerpo migrante y sus costumbres, en el caso concreto de El Carmelo, a través de la apropiación de las categorías del denominado civismo. Así pues, unas categorías que pretenden regular los comportamientos en aras de la desconflictivización de los distintos espacios de la ciudad son apropiadas por ciertos sectores populares para reformular demandas sobre usos debidos e indebidos de los espacios públicos en el contexto de tensiones sobre usos diversos que se culturizan en la figura del otro-inmigrante, pero que son en realidad más cuestiones derivadas de carencias estructurales y apropiaciones generacionales distintas. Esos usos, como hemos visto, tienen consecuencias olfativas que también se esgrimen.

5. Conclusiones

Los imaginarios y la imagen del «otro» son relevantes en la construcción de la convivencia y el conflicto en espacios urbanos. Este texto ha ido más allá de lo visual para centrarse en un atributo, importante y ubicuo, aunque poco teorizado, de la construcción del «otro»: el olor. El simbolismo olfatorio se utiliza en procesos sociales de clasificación, que son muy frecuentemente de subalterización, en la creación de un otro inferior que «huele mal». Así pues, el olor codificado como «mal olor» actúa como una marca clara de subalteridad que se aplica a quienes se construyen como culturalmente diferentes, lo que explica que los cuerpos migrantes/racializados y sus supuestas costumbres sean frecuentemente codificados como malolientes. Reflexionar sobre el olor como marca de alteridad nos

permite apreciar procesos de corporeización de tensiones entre identidad-alteridad que están evidentemente cruzados por la clase y el género. Las diferencias olfativas basadas en el género no han sido tratadas en este texto, dado que, aunque la literatura sugiere tal diferencia (ver nota al pie 8), los datos etnográficos específicos no son concluyentes al respecto. Esta es, sin lugar a duda, una interesante futura línea de profundización.

Es necesario remarcar la relación que se establece habitualmente entre lo que se codifica como mal olor y una aparente falta de higiene. En ocasiones, esta falta de higiene se asocia a las duras condiciones materiales de vida de ciertos grupos marginalizados y, por tanto, con cuestiones relativas con la salud, la salubridad y la limpieza, pero en la mayor parte de los casos, y en última instancia, la asociación es con valores morales relacionados con la pureza y el riesgo (Douglas, 1991). Así pues, apestar no solo se utiliza para describir un aspecto físico —desprender mal olor—, sino que simbólicamente alude a una supuesta impureza o suciedad moral.

El olor (así como el sonido) rompe con la concepción moderna del cuerpo y la dicotomía dentro-fuera/espacio público-privado, por lo que es una fuente de tensiones en entornos de alta densidad habitacional, como son las ciudades. Lo que en ocasiones se presenta como «olores étnicos» u «olores del inmigrante» —entendidos en el contexto de la ciudad moderna desodorizada— son consecuencia y no causa de antipatía étnica y racismo, ya que el sentimiento de aversión hacia una determinada clase de personas precede e informa a la percepción que se tiene de esas personas como malolientes. En realidad, no dejamos de acercarnos a ciertos grupos porque huelan mal, sino que utilizamos el supuesto mal olor para justificar comportamientos de evitación hacia esos grupos.

Este texto ha trabajado sobre la importancia de la odoro-socialidad, mostrando su relación con los regímenes de aceptabilidad social que van siempre inevitablemente unidos a relaciones de poder.

Reflexionar sobre el papel del olor en los mecanismos de clasificación social nos permite acercarnos de una manera encarnada a los procesos de sociabilidad que tienen lugar en espacios urbanos supuestamente inodoros, así como analizar procesos de corporeización de tensiones entre identidad-alteridad.

Referencias bibliográficas

- Aramburu, M. (2002). *Los Otros y Nosotros. Imágenes del Inmigrante en Ciutat Vella de Barcelona*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Ayuntamiento de Barcelona (2002). *Plan Municipal de Inmigración de Barcelona*. Barcelona: Ayuntamiento de Barcelona.

- Ayuntamiento de Barcelona (2010). *Barcelona Olors*. Barcelona: Ayuntamiento de Barcelona.
- Ayuntamiento de Barcelona (2016a). *Barcelona en Cifras 2016*. Barcelona: Departamento de Estadística.
- Ayuntamiento de Barcelona (2016b). *Distribución Territorial de la Renta Familiar Disponible per cápita en Barcelona*. Barcelona: Departamento de Estadística.
- Barwich, A.S. (2016). Making sense of smell. *The Philosophers' Magazine*, 73: 41-47.
- Camino, X.; Casasayas, O.; Díaz, P.; Díaz, M.; Larrea, C.; Muñoz, F. y Tatjer, M. (2011). *Barraquisme, la Ciutat (Im)possilbe. Els Barris de Can Valero, el Carmel i la Perona a la Barcelona del segle XX*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Carolan, M.S. (2008). When good smells go bad: a sociohistorical understanding of agricultural odor pollution. *Environment and Planning A*, 40: 1235-1249.
- Chirac, J. (1991). *Le Discours d'Orléans: Le Bruit et l'Odeur*. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=e4pun9Cdp6Q>. Accedido el 20 de julio de 2017.
- Classen, C. (1992). The odor of the other: Olfactory symbolism and cultural categories. *Ethos*, 20(2): 133-166.
- Classen, C.; Howes, D. y Synnott, A. (2003). *Aroma. The Cultural History of Smell*. London: Routledge.
- Clua, M. (2011). Catalanes, inmigrantes y charnegos: «raza», «cultura» y «mezcla» en el discurso nacionalista catalán. *Revista de Antropología Social*, 20: 55-75.
- Corbin, A. (1986) [1982]. *The Foul and the Fragrant: Odor and the French Social Imagination*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Degen, M. (2004). The power of sensuous ideologies in framing the city. Comunicación presentada en *Planning Models and the Culture of Cities. 11° International Planning History Conference*, Barcelona, 14-17 de julio.
- Delgado, M. (2014). Murmullos en la ciudad. En *Habla Ciudad*. Ciudad de México: Arquine.
- Douglas, M. (1991). *Pureza y Peligro. Un Análisis de los Conceptos de Contaminación y Tabú*. Madrid: Siglo XXI.
- Drobnick, J. (2002). Toposmia: Art, Scent, and Interrogations of Spatiality. *Angelaki*, 7(1): 31-47.
- Drobnick, J. (2006). *The Smell Culture Reader*. Oxford: Berg.
- Edensor, T. (2008). Walking through ruins. En *Ways of Walking: Ethnography and Practice on Foot*. T. Ingold y J.L. Vergunst, Eds. Aldershot: Ashgate.
- el-Khoury, R. (2006). Polish and deodorize: Paving the city in late eighteenth-century France. En *The Smell Culture Reader*. J. Drobnick, Ed. Oxford: Berg.
- Fundación Setba (2014). *Nasevo y los Olores de Barcelona*. Disponible en <http://www.fundacionsetba.org/es/nasevo-y-los-olores-de-barcelona/> Accedido el 18 de septiembre de 2017.
- Henshaw, V. (2013). *Urban Smellscapes: Understanding and Designing City Smell Environments*. London: Routledge.
- Highmore, B. (2002). Street Life in London. Towards a Rhythmanalysis of London in the late 19th Century. *New Formations*, 47: 171-193.
- Howes, D.; Schwimmer, M.L.; Rousseau, J.; Wyck, S. van y Trott, C. (1987). Olfaction and transition: An essay on the ritual uses of smell. *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, 24(3): 398-416.

- Jenner, M.S.R. (2011). Follow your nose? Smell, smelling, and their histories. *The American Historical Review*, 116(2): 335-351.
- Largey, G.P. y Watson, R. (2006) [1972]. The sociology of odors. En *The Smell Culture Reader*. J. Drobnick, Ed. Oxford: Berg.
- Larrea, C. (1997). *La Cultura de los Olores. Una Aproximación a la Antropología de los Sentidos*. Quito: Abya Yala.
- Larrea, C. (2005). Ensumar la ciutat: anàlisi antropològica de la construcció olfactiva sobre les condicions de salubritat a Catalunya en el segle XIX. *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 26: 60-77.
- Larrea, C. (2010). La colonización olfativa de la medicina. Cuerpos y espacios urbanos. *Calle14*, 4(5): 29-42.
- Low, K.E.Y. (2005). Ruminations on smell as a sociocultural phenomenon. *Current Sociology*, 53(3): 397-417.
- Low, K.E.Y. (2006). Presenting the self, the social body, and the olfactory: Managing smells in everyday life experiences. *Sociological Perspectives*, 49(4): 607-631.
- Low, K.E.Y. (2013). Olfactive frames of remembering: Theorising self, senses and society. *The Sociological Review*, 61(4): 688-708.
- Le Breton, D. (1990). *Antropología del Cuerpo y Modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lurbe, K. y Santamaría, E. (2007). Entre (nos)otros... o la necesidad de re-pensar la construcción de las alteridades en contextos migratorios. *Papers*, 85: 57-69.
- Manalansan, M.F. (2006). Immigrant lives and the politics of olfaction in the global city. En *The Smell Culture Reader*. J. Drobnick, Ed. Oxford: Berg.
- Mata-Codesal, D. (2008). Rice & Coriander. Sensorial re-creations of home through food: Ecuadorians in a Northern Spanish city. *Sussex Centre for Migration Research Working Paper*, 50: 1-21.
- Mata-Codesal, D. (2014). Me Hace Sentir como si Estuviera en Ecuador. Alimentación y sensaciones de hogar en los inicios de la migración ecuatoriana en Santander. En *Alimentación y Migraciones en Iberoamérica*. X. Medina, Ed. Barcelona: Editorial UOC.
- Mata-Codesal, D. (2016). ¿Es necesario desmigrantizar nuestras investigaciones? *Ankulegi-Revista de Antropología Social*, 20: 47-60.
- McLean, K. (2017). Smellmap: Amsterdam-Olfactory art and smell visualization. *Leonardo*, 50(1): 92-93.
- Orwell, G.T. (1937). *The Road to Wigan Pier*. London: Victor Gollancz.
- Pétonnet, C. (1982). L'Observation flottante. L'exemple d'un cimetière parisien. *L'Homme*, 22(4): 37-47.
- Porteous, J.D. (1985). Smellscape. *Progress in Human Geography*, 9: 356-378.
- Povzanović Frykman, M. (2017) Food as a matter of being: Experiential continuity in transnational lives. En *Food Parcels in International Migration. Intimate Connections*. D. Mata-Codesal y M. Abranches, Eds. London: Palgrave.
- Quercia, D.; Schifanella, R.; Aiello M. y McLean, K. (2015). Smelly Maps: The Digital Life of Urban Smellscapes. Comunicación presentada en *9th International AAAI Conference on Web and Social Media (ICWSM)*, Oxford, 26-29 mayo.

- Sales, A. y Delclós, C. (2016). A Sense of Exclusion. Poverty, Otherness and the Senses. Comunicación presentada en *AHRC Sensory Cities Network*, Barcelona, 16-17 de junio.
- SECS (2011). Perceptnet, centro de recursos sobre percepción y ciencias sensoriales. Sociedad Española de Ciencias Sensoriales. Disponible en <http://www.perceptnet.com>. Accedido el 19 de julio de 2017.
- Sennett, R. (1997). *Carne y Piedra. El Cuerpo y la Ciudad en la Civilización Occidental*. Madrid: Alianza Editorial.
- Simmel, G. (1977) [1907]. Digresión sobre la sociología de los sentidos. *Revista de Occidente, (Sociología. Estudios sobre las Formas de Socialización)*: 44-84.
- Śliwa, M. y Riach, K. (2012). Making scents of transition. Smellscapes and the everyday in «old» and «new» urban Poland. *Urban Studies*, 49(1): 23-41.
- Süskind, P. (2013) [1985] *El Perfume. Historia de un Asesino*. Barcelona: Seix Barral.
- Synnott, A. (1991). A sociology of smell. *Canadian Review of Sociology/Revue Canadienne de Sociologie*, 28(4): 437-459.
- Tafalla, M. (2013a). A world without the olfactory dimension. *The Anatomical Record*, 296: 1287-1296.
- Tafalla, M. (2013b). *Scent, Science and Aesthetics. Understanding Smell and Anosmia*. Taller llevado a cabo por el Grup de Recerca en Epistemologia i Ciències Cognitives, Barcelona, 23-24 mayo.
- Tan, Q.H. (2013). Smell in the city: Smoking and olfactory politics. *Urban Studies*, 50(1): 55-71.
- Viteri, M.A. (2014). Localizando el retorno: Nostalgia, ciudadanía, fronteras. En *Me fui a volver. Narrativas, Autorías y Lecturas Teorizadas de las Migraciones Ecuatorianas*. D. Falconí, Ed. Quito: Corporación Editora Nacional y Universidad Andina Simón Bolívar.

